

CAPÍTULO 15. DOCENDO DISCIMUS.



Cuando los dos hombres entraron al pequeño recibidor de la ahumada taberna, los acometió una vivida maraña de voces. Fuertes, agudas, sonaban palabras sueltas; una voz venenosa, estridente replicaba y, luego, se mezclaba una estentórea carcajada.

- Ése es el capitán Barnow, le toma el pelo al Lord -explicó Lachmann.

- ¿Quién es el Lord?

- El tabernero, ya lo verás -abrió la puerta y jaló a su amigo consigo al oscuro aposento, donde alrededor de una mesa redonda se hallaba sentada una colorida concurrencia. Lachmann presentó someramente a su compañero como el señor Tomás Mundete, y ambos se sentaron en silencio a la mesa. Tomás encontró un lugar junto a un viejecito enjuto, el notario Warnemann, quien ladino lo observaba con sus pequeños ojos, como si quisiera decir: famosa burla ésa.

- Malito, el vino tinto, Lord -gritó el capitán, que estaba de pie con las piernas abiertas junto a la ventana y sostenía su vaso a contraluz-. Mezclaron manzanas amargas con agua azucarada y a eso le metieron su nariz roja, por eso tiene ese color.

Tomás le dio un golpe a su amigo. -En la nariz tienes un ejemplo de contagio interior.

- Está borracho -replicó Lachmann y el notario hizo un gesto de asentimiento y se frotó las manos-. Allí con el notario puedes hablar de contagios. El hombre ha rozado tanto la ley entre sus manos que aún mientras se divierte quiere darle baños de inocencia.

El notario se rió. Sonó como el tintineo de monedas en una bolsa metálica. -Va a perder su proceso de todas formas, usted, salvador de la humanidad.

El tabernero acababa de arrancarse los lentes de las narices y de furia los pisó.

- El señor capitán es injusto con el Lord -un joven oficial se mezcló en la conversación, acariciando las puntas de sus botas relucientes-. El vino se enciende. Cada vez que el Lord mete su nariz allá atrás en la esquina dentro de su vaso, el vino se pone más rojo, más rojo.

- ¡Una taberna limpia! ¿Qué se piensan, andar por aquí sorbiendo en pantuflas? ¿Corresponde esto con precisión a su señoría? -ahora gritó el profesor Kietz y lanzó una mirada burlona al oficial de botas de charol-. El hábito hace al monje.

Tomás se acomodó en la silla y se disponía a hablar. En ese momento irrumpió la voz profunda y como salida del estómago de un hombre gordo y de anchos hombros, que se hallaba sentado en el otro extremo de la mesa. -¡Señores, señores! Nos encontramos aquí para divertirnos. Divertirse es todo en la vida. ¡Traiga el vino, Lord! ¿Nos es cierto, señor Jefe de la Guardia, no está usted de acuerdo? -al decir esto, levantó su vaso y brindó con el hombre sentado junto a él, que tenía la nariz respingada con un bigote retorcido y una mueca belicosa, de labios caídos; éste hacía como si el cuento no le interesara, mientras tamborileaba una marcha con los dedos sobre la mesa.

- El viejo jefe de guardabosques, Lange, siempre está divertido, se divierte mientras le alcanzan las monedas. Puede tirar en el juego un talento diario, más no le suelta la vieja -explicó Lachmann-. Y, por cierto, ¿por qué tragas aire como si fueras un pez en la playa? ¿No te gustó?

Tomás movió la cabeza -Hablan por aquí constantemente de alegría y diversión. Sobre eso yo puedo

hablar con ellos, decirles algo importante. Pero no me dejan comenzar y mucho menos acabar de decir.

- Gracias a Dios, aquí tienes que estar callado. ¡Pero puedes dejar la boca abierta! Si no, se pueden burlar de ti cruelmente. Mejor dedícate a ver la cara que hace el perdonavidas, el Jefe de la Guardia fuera de servicio. Ya está calculando cómo podrá sacarle un talento de la bolsa al bonachón de la panza, que está a su lado; es el más hábil mirón de cartas del mundo. Por cierto, me voy a hacer cómplice en el saqueo.

Lachmann se puso de pie y, después de unos momentos, se hallaba aparte con los dos ancianos inclinados sobre las cartas.

- Sólo hasta la una -gruñó el guardabosques, poniéndose las gafas en la punta de la nariz-, pues entonces llega la vieja con el niño y vienen de pasada a recogerme.

- El niño tiene 39 años -cuchicheó el notario malicioso.

Con furia Tomás alzó la mano. De aquél lado se oían palabras que le interesaban.

Docendo discimus -oyó decir a un hombre de rostro muy lisamente afeitado, no supo si era un clérigo o si era un actor-.

Nada más elevado que educar a la juventud, señor profesor.

El profesor Kietz cruzó las piernas y puso de lado su vaso de vino, para poder extender sus brazos sobre la mesa. -Así es -dijo con ironía-. Ahora bien, yo no he aprendido mucho más allá, sólo que el Estado nos paga muy mal a nosotros los maestros. Mejor sería cuidar un hato de borregos que enseñar a los de la secundaria. Y si por lo menos se les pudiera dar una paliza a los pillos.

Por fin consiguió Tomás lanzar unas cuantas palabras. -Las ampollas en el trasero dejan ampollas en el alma.

El clérigo levantó su vaso y bebió con Tomás amistosamente. -Muy bien, correcto. Con la bondad se alcanza todo, nadie sino Dios debe castigar.

- Y su representante, la Iglesia -se burló el profesor-. Naturalmente, para usted, señor cura, la cuestión es sencilla. Ningún pillete raya el púlpito con gis y tinta. Cuando usted aparece con los ornamentos, todo es silencio y cuando habla en el confesionario parece el mismo Dios Padre. Sus palabras son revelaciones, leyes. Usted no enseña en absoluto y tampoco sabe si los otros aprenden.

Tomás casi pegó un brinco de su silla por la emoción. El aprendizaje en la enseñanza lo tocaba en lo profundo de su alma. Allí se perfilaba un nuevo camino, en caso de que fallara el elevado vuelo de la alegría.

- Usted olvida que yo también aprendo algunas cosas en la confesión, quizá más que cualquier otra gente. Y nuestro oficio como padres espirituales; el consuelo de los enfermos, de los prisioneros; la conducción y guía de los hombres; la lucha entre la duda y la conciencia; en todo lo que siempre nos hacemos aprendices de nueva cuenta, lo olvida usted. Cada hora nos manifiesta un nuevo secreto, un nuevo milagro de Dios.

- Quisiera que todo fuera igual de cómodo para mí -rezongó el profesor.

- Usted tiene en poco nuestra profesión, eso no es correcto; pero que desprecie la suya, eso es una lástima.

- La profesión espiritual es el más alto grado de... -comenzó Tomás, pero fue interrumpido por una fuerte carcajada de los dos oficiales. Entre ellos estaba sentado un hombre de agudos rasgos, bigote tieso y violenta nariz aguileña; éste, al hablar enérgicamente con las manos y los gestos, daba un conmovedor contenido a sus palabras y seducía a sus dos interlocutores. De cuando en cuando, hasta les provocaba verdaderos estallidos de hilaridad.

- Ya está fanfarroneando otra vez este Don Quijote -irrumpió el profesor.

Tomás no pudo seguir callando.

- Permítame usted -gritó-, Don Quijote no era un embustero. Usted lo está confundiendo con Münchhausen*. Don Quijote no mentía a propósito.

Kietz se dirigió a Tomás y se estiró tanto como pudo sobre la mesa. Todo su rostro se había transformado,

*.- Se refiere al barón Carlos Federico Jerónimo von Münchhausen, autor de historias inverosímiles.

luego irradió una confortable sonrisa. -Usted tiene toda la razón. ¡Disculpe el lapsus linguae! Qué bueno que me lo recordó. Pero usted no puede imaginarse la alegría que me causa encontrar en usted la comprensión de la perla de la caballería. Mientras más profundiza uno en este personaje, más crece la estimación por esta alma pura.

Tomás levantó el vaso hacia el orador. -*Docendo discimus*, señor profesor. Hace un momento lo creí un criticón, y ahora me revela mi prudente tendencia a reconocer en usted a un admirador de lo elevado.

- Nosotros los maestros somos todos unos criticones, señor Mundete. El oficio conlleva eso. No hacemos otra cosa que censurar. Se nos convierte en una segunda naturaleza.

Los ojos de Mundete brillaban. -Contagio por medio del oficio, yo sé de eso. Pero, dígame, ¿quién es el Münchhausen aquel del que estaba usted hablando?

- Él asegura que es pintor, se hace llamar Keller-Caprese y es un hecho que pasó una buena temporada en la Academia de Berlín. Si alguna vez pintó un cuadro, anda por ahí perdido. En su casa está colgado un cuadro, que él muestra a todos sus visitantes como obra propia. Pero, en el malvado mundo, se afirma que un joven artista, en el momento de su muerte, le legó el retrato en agradecimiento a él, porque éste le dio al pobre y hambriento diablo pan para que comiera y una cama para que muriera en ella.

Tomás alzó la mano festivamente. -Eso tiene más valor que diez cuadros. Me emociona. Por eso le perdono hasta su doble nombre.

- Yo no creo en ese rumor -continuó el profesor-. Al héroe de este cuento, parece que lo echó a la calle la Academia, a causa de su falta de talento y, luego, en la miseria, se arruinó. Pero el retrato es, ciertamente, una obra maestra o, por lo menos, un cuadro que muestra en cada pincelada al futuro maestro... A una persona que pudo pintar eso no se la echa; pues, finalmente, en la Academia todavía hay gente que entiende algo de arte. Estoy convenciendo que el tipo que está allá inventó la historia él mismo y la puso en circulación.

- Cierto o no cierto -irruptió Tomás-, me gusta la persona de Keller-Caprese. Lo que importa son las ideas y ésa es una idea.

El profesor soltó una desdeñosa carcajada. -¿Ideas? El tipo tiene tantas ideas como un huevo de langosta.

Tomás continuaba sin oír. -Eso es más que una idea, es un símbolo, un símbolo viviente. Keller-Caprese: en el nombre debería haberlo descubierto. La unión de las tinieblas y la luz, eso es profundo. Y precisamente para un pintor. La húmeda y fría cava, como el agua, y la seca-cálida y llena de vida Capri, como el color. Y él mismo, el auténtico pincel que reúne ambos elementos. Vean ustedes, él lleva el cabello como si fueran cerdas de cepillo, él es un pincel. O así: la cava, la realidad en forma terrible, con ratas y ratones; Capri, el ideal con sol brillante y esplendoroso colorido; entre ambas, el hombre como artista.

El profesor, con los ojos fuera de las órbitas, veía al orador, que se le acercaba cada vez más y proseguía hablando con animación.

- ¡Tomás, escarba a mayor profundidad! Eres superficial. Piensa sólo en el ideal y la realidad, aquí los tienes ante tus ojos, en un hombre, ante ti. El pintor moribundo es la belleza, el cielo; la Academia, lo terreno, lo vulgar, y en medio Keller-Caprese, el símbolo del espíritu humano, que concilia el cielo y la tierra; por ello, le cae en el regazo la obra maestra. Sigue a tu voz interior, Tomás. Ese hombre que está allí es el amor al prójimo, el exponente de la cristiandad, una representación del pensamiento de siglos.

Se detuvo, para recomenzar. -Más hondo, Tomás, más hondo: qué significa la grandeza, el heroísmo, frente al simple hecho de ser hombre. Aquí está la imagen de la inmortalidad. Lo simple, lo humano, es inmortal.

- Cállese -gritó el profesor-, me vuelve loco tener que oír eso.

-Así son los humanos, no ven el símbolo, aunque esté frente a sus narices. -Tomás se levantó y vio con orgullo al profesor.- En gratitud a su historia quiero ofrecerle la moraleja. Consiste en la enseñanza de la superación de la muerte. ¿Entiende? No es el hecho grandioso, sino el simple hecho de ser hombre el que vence a la muerte. Es simbólico que Keller-Caprese le haya dado una cama al moribundo y, por ello, recibiera un cuadro que, con todo derecho, llama su obra. Algo muere para dar a luz nueva vida, una alegoría de la eternidad. Su historia significa la unión matrimonial de dos mundos, el cielo y la tierra, y el nacimiento

del arte. Es un pensamiento que, por supuesto, lo puede volver loco a usted. Su historia muestra que en el muy humano, en el animal divino acto del coito yace la eternidad y que todo suceder culmina allí. ¡Proceda en consecuencia! El anillo matrimonial me indica que le está permitido. Yo, con todo, quiero ir a rendir homenaje al profeta Keller-Caprese.

-Cúidese los bolsillos -le gritó el profesor-. Ése lo va a sablear.

Volver a publicaciones de Georg Groddeck